

E.E.S. Nº 6 “Domselaar”.**Título:** Relato de una experiencia inolvidable**Autora:** Silvia Peñaloza

Era viernes a las 6 de la tarde. Ya se había terminado mi jornada laboral, las tostadas casi estaban listas y el agua a temperatura exacta para el café. Todo indicaba que mi fin de semana se aproximaba.

Aún no había empezado a disfrutarlo cuando recibo una llamada a mi teléfono particular de un compañero de trabajo, al que voy a llamar Pablo, profesor de la escuela y vecino de Domselaar. Me cuenta que se encontraba en el hospital de San Vicente consternado, pues estaban ingresando alumnos de la escuela acompañados por sus familiares con síntomas que, según él me expresó, parecían ser de intoxicación.

En ese primer instante, y tan solo por unos pocos segundos pensé: Los chicos llegaron al hospital con sus familias y desde su domicilio, fuera del horario escolar. Entonces y sin conocer demasiados datos, le pedí a Pablo que se acercara a las familias y les dijera, en mi nombre, que se aproximen la escuela el día lunes, pues me preocupaba la situación de salud por la que estaban atravesando los chicos. Mientras me contaba algunos detalles y de quiénes se trataban, sin soltar el teléfono empecé a calzarme los zapatos, aparté las tostadas del fuego, y tapándolas con una servilleta, empecé a buscar una campera para ponerme.

Casi inconscientemente, y aun sin cortar la comunicación con Pablo, me estaba preparando para presentarme en el hospital.

No conocía la cantidad de alumnos, la identidad de cada uno de ellos, ni la gravedad de cada caso, pero inferí que, si Pablo me había llamado, aunque los alumnos estuvieran acompañados por sus familias, y habían llegado desde sus domicilios, era porque había algo que a él le hacía ruido. Algo me decía que debía estar ahí. Y sin

saber aun si los hechos estaban vinculados con la escuela, colgué el teléfono, agarré mi cartera y con un: “¡ya vengo!” a mis hijos, me fui.

Mientras subía al auto pensaba si tenía el número del teléfono del inspector del nivel. Sí, lo tenía y de inmediato me comuniqué con él para comentarle lo que hasta el momento sabía, y que lo mantendría informado llegado el caso. Cuando entro al hospital es donde tomé la exacta dimensión de lo que estaba pasando. La imagen por si sola fue lo suficientemente descriptiva. Mucha gente los rodeaba, y pensé para mis adentros: demasiada. De inmediato me relacioné con las familias quienes me contaron lo que había pasado. Les hizo bien verme. Lo noté cuando se acercaron en cuanto me reconocieron, y casi de inmediato empezaron a contarme y preguntar qué iba a pasar. Dije: que bien hice en venir, era la única que faltaba, pero la única que esperaban. Los médicos aun no les habían dado un diagnóstico. Hablé con la guardia de pediatría, me presenté y les pedí que hablaran con las familias; fue entonces cuando confirmaron el diagnóstico, se habían intoxicado, y nadie dudaba de que había sido en la escuela. Me acerqué a los chicos para ver cómo evolucionaban. Hablé con sus mamás con quienes pasábamos de la bronca al llanto y del llanto a la broma para poder pasar la velada. El cuadro era muy triste, muy desolador. Fueron 5 chicos de secundaria y otros 22 de primaria hasta el momento en el que yo había llegado. No nos despegamos de ellos. Madres y niños nos necesitaban. Necesitaron que habláramos por ellos, que nos moviéramos por ellos.

Con mi colega, la directora de primaria, y bajo la supervisión de los inspectores de nivel primario y secundario, que también estaban allí, acordamos pasos a seguir. La nominalización de alumnos con planillas de inscripción en mano, la programación de las visitas a los domicilios de los alumnos, redactar el paso a paso de los hechos, y la confección de una lista con las acciones a llevar a cabo de ahí en más. Ya se había facilitado una porción de comida, se habían presentado los auxiliares, proveedores y se había establecido la comunicación continua con el personal que esperaba apostada en la escuela. La comunicación con ellos era permanente, igualmente con la sala de primeros auxilios de Domselaar, adonde las familias acudían en primera instancia.

Fuimos interrogados por las autoridades del hospital, y del ministerio de salud de la provincia, infectología y zoonosis. A la salida, los canales de televisión. Finalmente, una maniobra maestra que hizo que pudiéramos evadir a la prensa, indicaba que estaba todo bajo control. Incluso mi sistema nervioso. Los chicos se estaban yendo de

alta y con buen pronóstico a sus casas. Lo urgente ya había sido atendido, y lo importante era aquello en lo que no tocaba empezar a trabajar. No nos movimos del hospital hasta que el último alumno no fuera dado de baja.

Pasada la medianoche ya estábamos todos volviendo cada cual en su casa.

La semana siguiente fue complicada, por supuesto el sábado a las 8 de la mañana ya estábamos en la escuela, otra vez todos, creo, insisto, demasiados. Pero el hecho de saber que los alumnos estaban fuera de peligro me daba tranquilidad, innegablemente eso era lo que a todos en la escuela nos preocupaba. Pero no era lo único. Ahora había que meterse de cabeza a demostrar el grado de responsabilidad que nos tocaba en este desafortunado acontecimiento.

Increíblemente todo se iba complicando, empezando por el aumento de la nómina de alumnos que habían estado con síntomas pero no fueron al hospital. A medida que pasaban los días cada vez había más por lo que dar cuenta, más por lo que debíamos responder, contar, explicar, escribir, elevar, probar y demostrar.

Hicimos un balance: todo lo que hicimos, menos todo lo que no hicimos, más todo lo que teníamos hecho, menos todo lo que no teníamos hecho pero deberíamos haber tenido, daba como resultado no haber hecho todo lo que debíamos, aunque habíamos hecho todo lo que habíamos podido y más. Y como si esto fuera poco la aparición de pollos fantasmas. Después de este juego de palabras, el saldo era deudor. Probar y lograr el deslinde era una responsabilidad que nos tocaba asumir.

Las cosas fueron pasando. Los alumnos ya estaban bien, las familias que nos acompañaron también. Pero eso había pasado misteriosamente a segundo plano. Y a nosotros aún nos queda esa sensación de angustia todavía que nos tironea, porque a pesar de saber internamente todos los actores de la escuela que trabajamos al unísono, dejando de lado algún principio, rescatando los valores; a pesar de saber que las cosas se hicieron bien, queda ese vacío y ese sentimiento de soledad.

Pero también, es en estos momentos, cuando uno descubre que la unión de voluntades suma, que el trabajo en equipo aliviana y que el hecho de que los distintos actores de la comunidad educativa asuman el compromiso, puede hacer la diferencia.

Todo lo dicho hasta aquí pierde un poco el sentido al no mencionar el agradecimiento de toda la comunidad educativa hacia el trabajo de los docentes que escucharon, sumaron y guiaron a las familias de nuestra escuela. Docentes que más allá de las adversidades, retomaron energías en un momento institucional en el que se vivieron emociones encontradas, con una población que con todo su derecho sostenía el reclamo por conocer a los responsables y exigir garantías. A aquellos docentes que entienden que la suma de voluntades genera grandes logros, que a veces es cuestión de suponer que alguien nos necesita, sin esperar el pedido de ayuda, muy buen trabajo y gracias por su esfuerzo.